

NUESTRA ESPIRITUALIDAD MISIONERA

EN EL CAMINO DEL PUEBLO DE DIOS

DOCUMENTO

ROMA, SEPTIEMBRE 2001

INTRODUCCION

El llamado del último Capítulo General a la Congregación para que sea siempre *más una escuela de auténtica espiritualidad misionera desde la inspiración de Claret y nuestra tradición* y su encargo al Gobierno General para que “*continúe animando el conocimiento de nuestra espiritualidad y su configuración como auténtico camino de vida*” (EMP, 23) fue el punto de partida que nos ha permitido reflexionar colectivamente sobre nuestra espiritualidad. Hemos recorrido un largo e interesante proceso. Fue enviado a toda la Congregación un cuestionario sencillo. Las respuestas al mismo fueron sintetizadas, evaluadas y a partir de ellas se confeccionó de un texto (Lineamenta) que fue enviado a todos los Organismos. Las aportaciones a este texto permitió confeccionar un Instrumentum Laboris que sirvió como material de reflexión durante el Congreso que ha tenido lugar el pasado mes de julio realizado en Majadahonda (Madrid-España) y en el que han participado, además de todos los miembros del Gobierno General, representantes de todos los Organismos de la Congregación. El presente texto tiene en cuenta todas las aportaciones del Congreso y las integra en el conjunto del proceso anterior.

El Congreso de Espiritualidad pidió que se asumiera el texto de Jesús en la sinagoga de Nazaret (Lc 4,16-30) como icono de nuestra espiritualidad misionera en nuestro tiempo. En este relato, tan decisivo en la experiencia espiritual de nuestro Fundador, descubrimos también nosotros el símbolo de lo que debe ser nuestra espiritualidad al inicio de este nuevo milenio.

De la escena se desprende, primeramente, la condición misionera del Profeta de buenas noticias, presentado por Isaías. En él actúa con toda su fuerza el Espíritu del Señor, es decir de aquel Dios y Señor que asume el rostro concreto del Dios Padre y Madre de las diversas culturas. El profeta anuncia el Reino de Dios para todos.

Según el evangelista Lucas, Jesús lee este texto. Al hacerlo, muestra que Dios ya está actuando “hoy” y que Jesús es el profeta definitivo del Reino de Dios. Al evocar la figura profética de Elías, se recuerda que así como la vocación de Elías fue transmisible (pasó de Elías a Eliseo: 1 Rey 19); así también la vocación evangelizadora y profética de Jesús es transmisible: la compartió Antonio María Claret; la compartimos también sus misioneros. Por eso, nuestra vocación es seguimiento de Jesús, imitación, conformación, identificación con Él.

Como Jesús, también nosotros nos sentimos llamados a anunciar el carácter universal del Reino, más allá de los límites de nuestros pueblos; esta universalidad se expresa y configura como preferencia y compasión por todos aquellos que no son valorados en las estructuras sociales existentes: pobres, cautivos, ciegos, oprimidos, endeudados o extranjeros (viuda o leproso). Esta compasión misionera nos conecta con lo débil, pequeño y vulnerable; se hace para nosotros ternura materna, semejante a la de María que acogió en su corazón la Palabra, hecha historia en el clamor de los pobres.

A este anuncio del “año de gracia del Señor” nos acercamos para encontrar en él inspiración para nuestra vida misionera conforme a una triple perspectiva:

- La experiencia de Jesús –ungido por el Espíritu para evangelizar- es contextualizada en el espacio (Galilea, Nazaret) y en el tiempo (“hoy”, “se cumple”).

- Se expone todo lo que acontece en Jesús cuando el Espíritu se derrama sobre Él o los rasgos espirituales del Jesús evangelizador.
- Aparece, finalmente, cómo la experiencia espiritual de Jesús contrasta con sus contemporáneos, produce reacciones diversas y le inspira a Jesús el camino que ha de recorrer hasta llegar a Jerusalén.

En estos tres momentos vemos también nosotros reflejada la dinámica de nuestra espiritualidad misionera:

- El lugar histórico de nuestra espiritualidad: la contextualización en el espacio y en el tiempo es esencial para no vivir una espiritualidad desencarnada y, en última instancia, no-cristiana.
- Los rasgos que identifican nuestra espiritualidad misionera y profética, al estilo de Jesús.
- La espiritualidad como camino que hay que recorrer en nuestro tiempo y espacio.

I. EL LUGAR HISTÓRICO DE NUESTRA ESPIRITUALIDAD

“Vino a Nazaré donde se había criado... Hoy se ha cumplido esta Escritura”

(Lc 4,16.21; cf.vv.22-24)

La vivencia espiritual de nuestra Congregación al comenzar un nuevo milenio está profundamente marcada por el momento histórico que vivimos. Por ser espiritualidad misionera y profética está llamada a responder a los grandes desafíos de nuestro tiempo y a insertarse en las corrientes espirituales que el Espíritu regala a nuestra humanidad.

Por eso, dirigimos, en primer lugar, nuestra mirada a la realidad en que acontece la venida y unción del Espíritu y a la que se anuncia el “año de gracia del Señor”. Dicha mirada está cargada de gozosa esperanza por el “hoy” del cumplimiento y, a la vez, de amenazas que derivan de las resistencias con que el pecado de la humanidad en general y el nuestro en particular sigue impidiendo su realización plena.

1. ESPIRITUALIDAD EN UN CAMBIO DE ÉPOCA

Nuestro tiempo no es el tiempo de la iglesia de los orígenes, ni el tiempo de Claret. No solamente estamos en una época de cambios; nos encontramos en un cambio de época. A esta situación corresponde una peculiar experiencia de Dios, una nueva espiritualidad.

El cambio de época se manifiesta en algunos fenómenos a los que seguidamente aludimos.

a) Las nuevas tecnologías

Las nuevas tecnologías, existentes sobre todo en la comunicación, ofrecen inmensas posibilidades para la expansión y difusión de la Buena Noticia. Sin embargo, a veces se convierten en formas de fuga del entorno más cercano que rodea a la persona, dificultando de esta manera una auténtica comunicación. La misma situación puede constatarse también al interno de nuestras comunidades

b) La globalización

Las posibilidades de intercambio y comunicación de los bienes de la tierra se ven distorsionadas por la organización del comercio mundial estructurado según las normas dictadas por la ideología neoliberal que condena al desamparo, a la miseria y a la muerte a la mayor parte de la población mundial y modela en la restante, una imagen del ser humano marcada por un hedonismo egoísta y por la fiebre del consumo. Esta imagen de ser humano nos afecta mucho más de lo suponemos, incide en nosotros y se expresa en un estilo de vida demasiado conformista y aburguesado. Al mismo tiempo nos aleja del mundo de los pobres y de la espiritualidad de la pobreza evangélica y nos vuelve exigentes ante las que consideramos necesidades.

Dentro de esta violencia del orden económico mundial se estructura la violencia del crimen organizado en sus diversas manifestaciones: nuevas formas de tráfico de

esclavos; comercio de armas y de drogas; terrorismos para los que se invocan múltiples justificaciones etc.

Sin embargo, en medio de este panorama desolador se siguen oyendo los gemidos del Espíritu que impulsa a individuos y grupos a integrarse, sumar esfuerzos y asumir compromisos concretos en favor de la paz y de la justicia. Muchos claretianos toman parte activa en ese proceso, signo esperanzador de vida en medio de este mundo.

c) La interculturalidad

El avance tecnológico en el campo de la comunicación, unido a los desplazamientos de población debidos a diversos factores, ha posibilitado el acercamiento entre múltiples formas de entender la condición humana. Esta rica diversidad cultural, sin embargo, ha hecho surgir frecuentemente conflictos que derivan de la incomprensión ante lo diferente. Por otra parte, los medios de que disponen los distintos grupos humanos no están en el mismo nivel y, por consiguiente, frecuentemente las culturas dominantes producen el aniquilamiento y la desaparición de las diversidades y, con ella, una uniformidad producto del empobrecimiento cultural.

El desplazamiento paulatino del lugar originario de los miembros de las comunidades claretianas plantea nuevos desafíos y tensiones en las nuevas zonas de presencia congregacional.

2. UN NUEVO CONTEXTO PARA LA EXPERIENCIA DE DIOS

Se habla de derrumbe de la antigua imagen de Dios y de una purificación notable de la experiencia religiosa en Occidente y también de una globalización de la religiosidad. Por otra parte, el protagonismo del laicado y de las mujeres en los sistemas religiosos es cada vez más importante.

a) La religiosidad en el contexto de la posmodernidad

En medio de un mundo caracterizado por el pluralismo de valores, con una ética provisional y contextualizada en cada momento y con un pensamiento débil y maleable se constata “una difusa exigencia de espiritualidad”. De allí que el diálogo interreligioso se ha convertido en un instrumento imprescindible para saber descubrir los vientos y susurros del Espíritu en la humanidad. Los nuevos lugares de presencia claretiana nos acerca a otras tradiciones religiosas (p. ej., grandes religiones de Asia, religiones tradicionales de África) que ponen en crisis todo dogmatismo, pero que a la vez exigen un discernimiento capaz de superar toda ambigüedad y de abrirnos al futuro con sentido y fuerza creadora.

Sin embargo, junto a esta disponibilidad al diálogo resurgen a cada momento fundamentalismos e integristas de los que no estamos totalmente exentos. Ellos colocan, además, a un número mayor de claretianos en situaciones martiriales en que se exige el ofrecimiento de la propia vida en testimonio de la fe.

b) Protagonismo del laico y de la mujer

Finalmente, debemos señalar como dato significativo del presente en que vivimos la conciencia del importante papel que los laicos desempeñan en la misión de la Iglesia, lo mismo que el rol protagónico que en ella y en la sociedad en general tiene la mujer. Los claretianos hemos dado grandes pasos para compartir con unos y otras nuestro carisma, pero aún pueden constatarse resistencias frente a los nuevos espacios que ellos exigen por parte de algunos integrantes de nuestras comunidades.

Este ámbito en que se entremezclan luces y sombras es el lugar del anuncio consolador que haga verdad para toda la humanidad el designio de un año jubilar o “de gracia” sin límites de tiempo.

II. RASGOS QUE IDENTIFICAN NUESTRA ESPIRITUALIDAD MISIONERA

“El Espíritu está sobre mí ... me ha enviado”

(Lc 4,18-21)

La Congregación es sensible cuando se toca la tecla de la espiritualidad. Estamos buscando un nuevo centro dinámico. Con muchas otras personas y grupos en la Iglesia añoramos un re-nacimiento espiritual. Pero ese deseo requiere un nuevo planteamiento.

Para iluminarlo vamos a insinuar brevemente: 1) cómo la Congregación ha entendido su espiritualidad en estos últimos años; 2) cómo se entiende la espiritualidad en nuestro tiempo; 3) qué perspectivas se nos ofrecen.

1. ¿CÓMO HEMOS ENTENDIDO NUESTRA ESPIRITUALIDAD EN LOS ÚLTIMOS AÑOS?

Aunque los grandes estímulos para nuestra espiritualidad nos vienen de la Madre Iglesia y del movimiento de los pueblos hacia el Reino de Dios, sin embargo, no podemos preterir que somos en la Iglesia una “Congregación de Misioneros”, agraciados con un peculiar carisma. Este carisma colectivo le da una impronta peculiar a nuestra espiritualidad cristiana y nos hace desarrollarla –en nosotros y en los demás- desde perspectivas a las que somos especialmente sensibles. ¿Cuáles son? La respuesta la tenemos, en primer lugar, en nuestro Padre Fundador, Antonio María Claret, y también en el camino que la Congregación ha ido recorriendo en su historia; a la generación de los que ahora vivimos nos interesa de una manera muy especial el camino de espiritualidad que la Congregación se ha diseñado en estos últimos años¹.

a) Claves existenciales de Antonio M^a Claret

Nuestro Padre Fundador maduró su experiencia cristiana a través de un proceso que dio a su fisonomía espiritual rasgos característicos. Siguiendo textos recurrentes en su lectura de la Biblia, pueden señalarse algunos momentos significativos.

- *QUID PRODEST*. Se trata de la experiencia umbral. El nombre está tomado del versículo de Mt 16,26, que jugó un papel decisivo en la vida de Claret: “De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si arruina su vida?” Aunque es una constante a lo largo de su vida, se agudiza en determinados momentos y viene a ser la prueba de la fidelidad vocacional. En Claret se manifiesta, sobre todo, en las grandes encrucijadas que tuvo que vivir a lo largo de su vida.
- *PATRIS MEI*. Expresa la relación de Claret con Dios Padre. Se refiere a la experiencia del amor de Dios -comunicado por el Espíritu- que inflama y dispone para recibir la forma. Equivale a estar “en las cosas que miran al servicio de mi Padre”, como Jesús en Lc 2, 49. Es, pues, como el fundamento de su vida misionera, la experiencia sin la cual no se puede producir ningún proceso de configuración.

¹ Basta recordar los numerosos Encuentros Misioneros celebrados en distintos continentes, las Semanas Sacerdotales de Vic, Talleres de espiritualidad cordimariana y misionera, etc. Últimamente se han celebrado dos talleres importantes: “Justicia, paz e integridad de la creación” (Bilbao, 3-13 diciembre 1999) y “Dimensión profética del servicio misionero de la Palabra” (Manila, 24-31 enero 2000).

- *CARITAS CHRISTI*. La vida de Claret es una existencia que sólo se entiende desde Jesucristo, cuyo nombre no se puede invocar sin el auxilio de Dios (cf Aut 345). Jesucristo es el eje de su vida en torno al cual gira todo. Esta centralidad queda reflejada en el texto paulino que figura como lema de su escudo episcopal: “La caridad de Cristo nos urge”. Es la experiencia claretiana de la imitación, seguimiento y configuración con el Hijo enviado por el Padre, nacido de María y ungido por el Espíritu.
- *SPIRITUS DOMINI*. Es el resultado final del proceso configurador. Cuando Claret quiere interpretar su vocación evangelizadora, comprende “de un modo muy particular” las palabras “*Spiritus Domini super me et evangelizare pauperibus misit me Dominus*”. En ellas se condensa su experiencia de sentirse ungido y enviado por el Espíritu para anunciar, como Jesús, el evangelio a los pobres (cf Aut 687).

b) Espiritualidad del Padre Fundador y de la Congregación

El don recibido por Claret se continúa y acrecienta en el Instituto por él fundado. Citando nuestros documentos más recientes, notamos algunas coincidencias esenciales:

- *Principio organizador*: Nuestro P. Fundador reconoció en la vocación misionera el motivo que marcó toda su vida y actividad apostólica (MCH 52). “Su vocación al apostolado le abrió los ojos y el corazón para contemplar y discernir los males que padecían la Iglesia y la sociedad... pero al mismo tiempo le proporcionó recursos y le sugirió medios para remediarlos” (MCH 63).

Nosotros, resumimos en la palabra *misionero* nuestro patrimonio carismático (Dir 26). Nos sentimos comunidad convocada por el Espíritu para el anuncio de la Palabra (SP 7; CC 46); nos sabemos llamados a vivir como “misioneros apostólicos”, al estilo de los Apóstoles. Ello implica vivir los consejos evangélicos en comunidad de vida con Jesús y con los hermanos, para ser enviados y proclamar a todo el mundo la Buena Nueva del Reino (Dir 26). Nuestras opciones de evangelización (MCH 142-179) forman parte integrante de la espiritualidad claretiana; la configuran como espiritualidad misionera, inculturada, profética, identificada con los pobres y multiplicadora de evangelizadores. Estas mismas exigencias despiertan en nosotros actitudes de disponibilidad, éxodo, itinerancia y docilidad al Espíritu (CPR 52)

- *Primado de la Palabra de Dios*: Claret descubrió “su radical experiencia de Dios en Cristo con la asidua meditación de la Sagrada Escritura... manteniendo viva su sensibilidad por captar lo que más urgía a la Iglesia y a la sociedad de su tiempo en relación al plan salvífico” (MCH 53).

Nosotros hemos heredado de él una espiritualidad de *oyentes y servidores de la Palabra*. Acoger la Palabra que nos hace discípulos, anunciarla y ser testigos de ella, es nuestro modo de seguir a Jesús” (SP 13). Contemplamos al Maestro y escuchamos su Palabra para anunciar el Reino, abriéndole nuestro corazón y compartiendo las angustias y esperanzas de nuestros hermanos (SP 15).

- *Centralidad de Cristo*: Claret vivió su espiritualidad en un proceso que parte de “una profunda sintonía de amistad con Cristo (sobre todo a través del sacramento eucarístico), desde cuya intimidad de Hijo va paulatinamente descubriendo a Dios el Padre, que envía a Jesús porque ama al mundo” (MCH 53). Plasma su ideal desde “la configuración con

Cristo *consagrado y enviado* por el Padre para la redención del mundo” a través de la “imitación exterior de las llamadas virtudes apostólicas y de la vivencia de sus actitudes interiores y la plena transformación: *es Cristo quien vive en mi*” (MCH 55). El P. Fundador identifica a Cristo como: a) El Hijo preocupado por las cosas del Padre (MCH 57a); b) El Hijo ungido para evangelizar a los pobres (MCH 58b); c) El Hijo del hombre que no tiene donde reclinar la cabeza (MCH 59c); d) Signo de contradicción (MCH 60d); e) Hijo de María (MCH 61e); f) Enviado por el Padre y ungido por el Espíritu, comparte con los Apóstoles su vida y misión (MCH 62f).

También nosotros definimos nuestro ser misionero como identificación con Cristo Evangelizador. Desde la celebración eucarística, vivimos la íntima comunión con Él. Ahí se origina todo lo que somos y hacemos (Dir 94).

- *La mediación ineludible de María:* En su aproximación a Jesús y en su comprensión de las vías de salvación del mundo, contó Claret con la presencia intensísima de María, con la cual se sintió íntimamente vinculado, tanto en el origen como en el ejercicio de la misión (MCH 53). La comunión amorosa y filial con María adquiere su expresión culminante cuando Claret dice: “María Santísima es mi madre, mi madrina, mi maestra, mi directora y mi todo después de Jesús” (Aut 5).

En el Fundador y en nosotros se da una espiritualidad cordimariana². Claret nos presentó el Corazón de María como la fragua ardiente donde nos forjamos para el ministerio. La comunidad descubre y aprende en el Corazón de María el camino de la escucha. Habitada por la Palabra, no vivirá dividida, ni será insensible a los clamores de Dios en los hombres (SP 7). “Nuestro estilo profético de vida recibe del Corazón Inmaculado de María, madre de la Congregación, una impronta peculiar. Ella nos enseña que, sin corazón, sin ternura, sin amor, no hay profecía creíble” (EMP 20).

- *Espiritualidad integradora:* En la Autobiografía nuestro Padre Fundador ejemplifica la espiritualidad a partir del carácter simbólico de objetos y animales, abierto a la presencia salvadora en la armonía de la creación. También así, Claret se demuestra seguidor del Jesús de las parábolas, que nos propuso por modelo en el ministerio.
- *La síntesis de la espiritualidad que recibimos de Claret* es ésta: “El Espíritu del Padre y del Hijo, -Espíritu también de nuestra Madre- es el centro integrador de todas las dimensiones de nuestra vida y misión” (SP 13). Desde Él nos consagramos “a Cristo y al Corazón de María, en perfecta vida apostólica y evangélica, orando y sufriendo por la salvación de los hombres para gloria de Dios Padre” (MCH 54).

² Esta dimensión de nuestra espiritualidad nos introduce en la raíz principal de la vida interior de María: preparada en cuerpo y alma para ser la madre del Hijo de Dios (PE 17, basado en LG 65, 60, 62). Cuando penetramos en el Corazón de María descubrimos una forma única de presencia de Dios. La comunión con el espíritu de María nos lleva a participar mucho mejor en los misterios de Cristo, porque cuando María es conocida y amada siempre nos lleva hacia el Señor (LG 65). El Corazón de María y nuestra relación con él es el contexto, el clima, la atmósfera donde se debe desarrollar nuestra espiritualidad (PE 19). “Ser devoto de María significa ante todo, ser hijo y ministro suyo, cultivar una relación de intimidad filial y poner todas las energías al servicio del Evangelio: en una palabra, reproducir la imagen de Jesús misionero del Padre e hijo de María” (J. Bermejo, *La figura de María en los escritos del P. Claret*, en: AAVV. II Simposio de la Familia Claretiana, Studia claretiana VII, Roma 1989, p. 64. Cf. también J.M. Hernández: *Ex abundantia cordis*. Estudio de la espiritualidad cordimariana de los Misioneros Claretianos. Secretariado Corazón de María, PCI, Madrid 1991, pp. 59-92.

Esta experiencia de gracia, compartida desde el principio con un grupo de compañeros a quienes el Señor había dado el mismo espíritu (Aut. 489), es el fundamento de nuestra existencia carismática en la Iglesia (MCH 70; CPR 9; Dir 21).

c) En fidelidad creativa

Para realizar los imperativos conciliares de renovación, hemos releído nuestra propia historia. Durante este camino se ha conocido la presencia del Espíritu³. Cada Capítulo General ha sido un tiempo de evaluación, síntesis y proyección, que nos ha permitido descubrir nuevos rasgos que también nos identifican espiritualmente:

- *Espiritualidad profética*: requiere *cultivar* en profundidad la experiencia de Dios, *escuchar la Palabra*, *discernir* a la luz del Espíritu los desafíos de nuestro tiempo y *traducirlos* con valentía y audacia en opciones y proyectos coherentes tanto con el carisma original como con las exigencias de la situación histórica concreta (cf EMP 22). “Sólo cuando hay coherencia entre el anuncio y la vida, la profecía se hace persuasiva” (EMP 19).
- *Espiritualidad comunitaria y de comunión*: La persona crece y se plenifica abriéndose a la comunión, insertándose en la historia. Por eso, gracias a la comunión y la misión comunitaria desarrollamos nuestra personalidad como claretianos (CPR 49b).
- *Espiritualidad arraigada en el Pueblo de Dios*: Impulsaremos la vivencia de una espiritualidad más comprometida y compartida con el Pueblo de Dios y con los agentes de evangelización, dejándonos evangelizar por los pobres y los valores culturales y religiosos de los pueblos (CPR 53). Todo esto nos hará insertarnos progresivamente en la Iglesia local y universal, colaborando con ellas (CC 6).
- *Espiritualidad integral*: Hemos de vivir una espiritualidad que una la oración-contemplación y la actividad apostólica, al estilo de Claret. Para ello, debemos suplicar al Espíritu la gracia de ser contemplativos de la misión y servirnos de medios como el acompañamiento espiritual que favorezca nuestro progreso en la vida misionera (CPR 56). El cuidado y desarrollo de la dimensión humana nos hace evangelizadores alegres, dialogantes, atentos, comprensivos, con visión positiva de la vida, manifestando en el “exterior la interna plenitud de la gracia” (Dir 95).
- *Espiritualidad convergente*: no todos expresamos la vocación misionera de la misma forma: somos misioneros siendo presbíteros, diáconos, hermanos y estudiantes. Por eso, la espiritualidad misionera se manifiesta en unos como *espiritualidad presbiteral* o *diaconal* y en otros como *espiritualidad de ministros no-ordenados* o *laical-consagrada*. La diferenciación procede también de las culturas, iglesias particulares en las que estamos insertos, pueblos. Potenciar estos rasgos distintivos dentro de la única espiritualidad misionera, redundará en bien de la misión y de la comunión⁴, porque tienden hacia un despliegue más completo de las posibilidades latentes en el carisma.

³ CPR 10.

⁴ Cf. Carta Circular del P. Aquilino Bocos Merino, “*Los Misioneros Hermanos. Un desafío para la vida y misión de la Congregación*”, Roma 1997, p. 46.

2. LA ESPIRITUALIDAD CRISTIANA EN NUESTRO TIEMPO

Se habla de “una nueva espiritualidad” en nuestros días. Y no es únicamente por motivaciones banales, sino porque los signos de los tiempos y los lugares lo exigen, porque el ser humano lo necesita, porque la Revelación nos lo pide “hoy”. No pocos de nuestros misioneros lo perciben exactamente así. Entienden que la espiritualidad debe encarnarse en un tiempo nuevo, en nuevas culturas, en nuevos contextos humanos.

La espiritualidad responde a una necesidad de sentido global, a la necesidad de coincidencia constante, orgánica, entre el espíritu humano y el Espíritu de Dios. Hablar de “espiritualidad” es, ante todo, referirse al Espíritu Santo “Señor y dador de vida, que procede del Padre y el Hijo... y que habló por los profetas”. Su misteriosa Persona es el gran Agente de toda espiritualidad. Cuanto tomamos conciencia de que el Espíritu nos ha sido dado y de que habita en nosotros, nos resulta más fácil dejarnos llevar por su fuerza y creatividad. El Espíritu lleva a culminación nuestros proyectos, sugiere y hace realidad nuestros sueños. Aunque tendemos a designar como espiritualidad los momentos de oración, meditación etc, sabemos que la auténtica espiritualidad envuelve e implica nuestra vida con todo su haz de relaciones.

Así entendida, la espiritualidad no es propiedad de élites religiosas, sino una prerrogativa del Pueblo de Dios. En quienes creemos en Jesús y lo seguimos hasta identificarnos con Él, la espiritualidad tiene unos rasgos peculiares. Por eso, es:

- *bíblica*: sostenida por la lectura continua de la Palabra de Dios;
- *litúrgica*: alimentada por la liturgia de la Iglesia;
- *crístocéntrica*: su objetivo es la “unión con Jesús” en su relación de amor a Dios Padre, en su unción por el Espíritu y en su amor salvífico y redentor hacia la humanidad;
- *eclesial-comunitaria*: se desarrolla cuando se vive en profunda comunión con todos los miembros de la Iglesia, abiertos a los otros creyentes y a la humanidad entera;
- *misionera*: enviada a dar testimonio y ejercer el servicio de la caridad allí donde los seres humanos viven, trabajan, sufren y gozan, sueñan y se deprimen.
- *encarnada en pueblos y culturas e inserta entre los pobres*: la auténtica espiritualidad se inserta en el alma de los pueblos que son sus culturas; va configurando la vida cristiana como vida pobre –no burguesa– y solidaria con los pobres de la tierra, comprometida con la justicia, la paz, la integridad de la creación, porque descubre en la comunión el espacio privilegiado para experimentar al Dios cristiano.

La “vida en el Espíritu” está sometida al tiempo, a la evolución. Por eso, también hablamos de “camino de espiritualidad”, o de diversas configuraciones históricas o culturales de la espiritualidad⁵. En nuestro tiempo, asistimos, por una parte, a una especie de globalización de la espiritualidad. Hay un gran despertar del Espíritu en muchos lugares de la tierra. Se perciben los primeros pasos hacia una espiritualidad mundializada. Existe, no obstante, el peligro de imponer hegemónicamente determinados modelos que cuentan con medios de comunicación y transmisión

⁵ En estos últimos años la Iglesia ha ido viviendo su espiritualidad desde diferentes perspectivas: la secularización, la liberación, el ecumenismo interconfesional e interreligioso, los nuevos movimientos religiosos.

poderosos. Asistimos, por otra parte, al resurgir poderoso de modos peculiares de espiritualidad, especialmente los conectados con los lugares: espiritualidad africana, asiática, latinoamericana, americana, europea.

La espiritualidad acontece cuando se integran las dinámicas básicas del conocer, el sentir y el querer (mente, corazón y voluntad). La espiritualidad asume, por tanto, medios diversos como son el ejercicio físico, el silencio, la meditación, la oración personal, la contemplación, el estudio creativo, los servicios apostólicos desafiantes, las grandes causas, la red solidaria, el acompañamiento espiritual, el proyecto personal etc. Todos ellos requieren convicción, entrega y creatividad.

3. COORDENADAS PARA NUESTRA ESPIRITUALIDAD “HOY”

Entre nosotros, misioneros, hay diversas posturas y perspectivas a la hora de comprender la espiritualidad. Por eso, creemos oportuno ofrecer algunas sugerencias para orientar un esfuerzo que se promete generoso.

a) En la itinerancia del Pueblo de Dios

Entendemos nuestra espiritualidad misionera, no como algo aparte, sino como nuestra forma peculiar de participar en la espiritualidad del Pueblo de Dios. Formamos parte de una gran comunidad guiada por el Espíritu y en la cual el Espíritu actúa en la diversidad de pueblos y culturas, pero genera una admirable comunión de corazón, alma y bienes. Creemos humildemente que nuestro carisma contribuye a potenciar el ala profética del Pueblo de Dios. Por eso, juzgamos importante y decisivo que nuestra espiritualidad se alimente del caminar espiritual de nuestros pueblos, de la realidad histórica que nos desafía y estimula. Nuestro lugar de vida y misión es el pueblo al que Dios elige como destinatario de su Reino, donde acontecen los milagros, donde tienen sentido las parábolas, donde la palabra profética ilumina el camino de la historia.

b) Desde la caridad, siempre

Nuestra espiritualidad confiesa que el amor es su impulso originario: “charitas Christi urget nos”. El “hoy” de la caridad es un kayros que nos invita a: 1) ser fieles a la realidad y colaborar con el Espíritu de Jesús –el Mesías– en la liberación de los pobres, oprimidos y excluidos (Lc 4), promoviendo los derechos humanos, la cultura de la paz y proclamando la justicia contra toda injusticia; 2) salir con el Pueblo de Dios de los Egiptos que hoy nos esclavizan y saber entrar en los desiertos de la historia como testigos de la Alianza y del Reino de Dios, ya concedido a los pobres y animadores de la esperanza, que protege y guía la creación en el espíritu de las bienaventuranzas; 3) estar entrenados personalmente mediante las virtudes (fe, esperanza, caridad, prudencia, justicia, fortaleza y templanza), que hoy recuperan un nuevo sentido en la espiritualidad militante para la transformación de un mundo injusto.

c) Espiritualidad en contextos de postmodernidad

La posmodernidad critica las utopías (de derecha o izquierda) y los grandes relatos de la modernidad (razón, progreso, revolución, libertad e historia) y prefiere gozar de la

experiencia inmediata, sin otra norma que una vaga tolerancia dispuesta a prescindir funcionalmente de los valores hasta superar el límite de la contradicción.

Ante esta realidad socio-cultural postmoderna, nuestra entrega total a la misión ha de manifestarse como creencia en el Dios de la vida que nos brinda su plenitud y gesto de fraternidad hacia quienes vemos como hijos de un Padre y Madre común.

d) Perspectiva apocalíptica

Los misioneros claretianos queremos estar muy vigilantes ante la acción del Espíritu en diferentes momentos y circunstancias. Nuestro Padre Fundador era un ejemplo de atención a los signos de los tiempos. Es más, nos infundió una espiritualidad con fuertes tonalidades apocalípticas. Ello no significa catastrofismo, sino revelación del Gran Designio de Dios en medio de un tiempo de contradicciones, luchas e injusticias.

La vigilancia nos llevará a vivir nuestra espiritualidad en: 1) situaciones martiriales donde, más que la acción, sea la pasión la que caracterice nuestro ministerio; 2) circunstancias de diálogo interreligioso, en las que propongamos a Jesús como nuestro Señor-siervo de todos, Cuerpo entregado, y nosotros seamos sus apóstoles desde una espiritualidad de la kénosis y la humildad; 3) fuerte conciencia de justicia y compromiso por la paz, que nos haga mensajeros y testigos en situaciones conflictivas y duras.

e) Espiritualidad “abierta”

Entendemos que nuestra espiritualidad no es una realidad cerrada, que se ha de repetir como un programa. Está siempre en trance de actualización, de conexión con diferentes fuerzas que la animan y la enriquecen.

Dentro de la Congregación se aprecia un fuerte pluralismo en el ámbito de la espiritualidad. No todos llevamos el mismo ritmo, ni le damos a la espiritualidad el mismo color, ni ponemos el acento en los mismos valores. Es muy fuerte entre no pocos de nuestros misioneros de América, pero también de Asia (Filipinas) y de Europa, la espiritualidad de la liberación. En Asia, especialmente en India, Japón-Corea, la espiritualidad emergente tiene mucho que ver con *el diálogo de vida*; las experiencias de los ashrams o los contactos con el budismo, las teologías emergentes (dalit, tribal etc.) configuran un modelo interreligioso de espiritualidad. También en África están sintiendo nuestros misioneros la pujanza de una espiritualidad fuertemente conectada con sus grandes tradiciones religiosas; los claretianos de África viven esta espiritualidad desde el compromiso por la paz y la justicia en un contexto de democracia “tronquée”, de guerra, tribalismo etc. En Europa se está dando un renacer de la espiritualidad, después de la purificación a la que ha sido sometida por las filosofías de la sospecha (Nietzsche, Marx, Freud), el ateísmo y la increencia; se recuperan las tradiciones místicas, pero reinterpretadas desde la solidaridad, la encarnación, el compromiso con el mundo.

Estos procesos nos disponen a la complementariedad y reciprocidad. En una Iglesia que busca cielos y tierra donde habite la justicia (2P 3,13), el laicado no sólo aporta nuevas presencias ministeriales, sino dones del Espíritu a compartir en la gracia del encuentro. Particularmente urge aceptar una integración plena de la mujer en la sociedad y en las comunidades cristianas, pues sin ella es impensable la nueva evangelización (VC 57) y una respuesta de toda la humanidad al designio que nos salva.

Al comenzar el tercer milenio, es imperativo dilatar globalmente los ámbitos del amor⁶, promoviendo a todos los niveles desde una sincera estima entre los ritos hasta un profundo respeto ante cualquier religión y creencia.

⁶ S. Agustín, Sermón 69: PL 38, 440-441.

III. UN CAMINO DE ESPIRITUALIDAD MISIONERA PARA HOY

“Y pasando por medio de ellos, seguía su camino” (Lc 4,30)

La unción del Espíritu, que hemos recibido para evangelizar, configura nuestra biografía como un camino espiritual. Ese camino tiene un objetivo: configurarnos con el ideal de misionero que nos propone el Padre Fundador en la definición del Hijo del Inmaculado Corazón de María, o las Constituciones y Declaraciones de nuestro magisterio interno. Ese itinerario –sugerido por el Espíritu- tiene diversas etapas, dispone de diferentes estrategias y medios. Es imprevisible, aunque se atiene a nuestra forma humana de ser y se va configurando como biografía espiritual.

Después de exponer la situación del mundo a comienzos de este nuevo milenio y la conciencia que esta Congregación tiene hoy de su espiritualidad misionera, dedicamos esta tercera parte a describir nuestro Camino de Espiritualidad misionera hoy.

1. UN CAMINO MISIONERO: BIOGRAFÍA AL SERVICIO DEL REINO

Nuestro camino de espiritualidad es, ante todo, el camino de un misionero. No está trazado previamente; ni se atiene a reglas preestablecidas. Es la misión y sus urgencias, la que marca y define nuestra agenda, nuestros días, meses y años. Nos sirve como paradigma, el camino de los primeros evangelizadores según los Hechos de los Apóstoles. El Espíritu Santo los guiaba y vivían movidos por su inspiración. Ése es también nuestro recorrido. Ése fue el camino paradigmático de nuestro Fundador.

a) Camino biográfico del misionero

La vida en el Espíritu de un misionero se adecua a las etapas vitales de todo ser humano adulto: descubrimiento vocacional, actividad en respuesta al descubrimiento, crisis y etapa final de serenidad y mayor pasividad. En cada una de estas etapas, el ser humano encuentra posibilidades y dificultades, perspectivas y limitaciones.

Las etapas de nuestro Fundador, Antonio María Claret, en su tiempo de adulto podrían resumirse en estos tres verbos que le eran tan significativos: *orar, trabajar y sufrir*. Hubo en él una primera etapa de discernimiento, oración, búsqueda vocacional; en ella tuvo la experiencia del “quid prodest”. Después le advino otra etapa en que urgido por la caridad de Cristo se dedicó sin reservas a la acción misionera y a la búsqueda de su lugar auténtico en la Iglesia. La última etapa de su vida estuvo marcada por una gran crisis, en la que experimentó la pasión, el sufrimiento, la persecución y, al mismo tiempo se sintió agraciado con el don del amor a los enemigos y la identificación más intensa con Jesús Eucaristía.

A través de estas etapas paradigmáticas, y no simplemente sucesivas, pasamos todos nosotros, misioneros. Responden a nuestros ciclos vitales; en ellas se revela la voluntad de Dios sobre nosotros.

Tras la formación inicial, los misioneros quedamos plenamente insertos en la actividad apostólica. En ella hay que aprender a vivir con plenitud la juventud del amor y del

entusiasmo por Cristo. La edad mediana nos confronta con el riesgo de la rutina y la desazón por la falta o escasez de resultados. Éste es el tiempo para revisar, a luz del Evangelio y del carisma, nuestro amor primero, nuestra vocación originaria. Encontramos un nuevo empuje y nuevos motivos de perseverancia en la vocación. En esta época uno se concentra en lo esencial. La edad madura comporta el riesgo de caer en el individualismo, en la cerrazón ante la vida, o en la relajación. El camino espiritual nos ayuda a potenciar nuestro tono vital, a purificarnos y a entregarnos en oblación generosa. Esta edad nos ofrece la posibilidad de madurar en el don y la experiencia de la paternidad espiritual. La edad avanzada se caracteriza por un progresivo alejamiento de la actividad, o por la enfermedad o la inactividad forzosa. Aunque sea un tiempo frecuentemente doloroso, ofrece al misionero anciano la oportunidad de dejarse plasmar por la Pascua del Señor. En estas circunstancias la misión adquiere la tonalidad de la pasión; pasión que nos identifica con la pasión del Señor. Así llega a cumplimiento en cada misionero el misterioso proceso de espiritualidad iniciado tiempo atrás. La muerte es entonces esperada y preparada como acto de amor supremo y de entrega total de uno mismo.

b) El esquema triádico

Por otra parte, dentro de la dinámica de la vida en el Espíritu hay un esquema triádico, “purificación-iluminación-uniión”, que caracteriza el dinamismo interno de cada una de las etapas vitales de un misionero.

Estamos habitados por el pecado, o los pecados-raíces (capitales). Los medios ascéticos típicos de la tradición espiritual de la Iglesia nos ayudan a dominar y corregir las tendencias de nuestra naturaleza herida por el pecado. El camino que conduce a la santidad conlleva la aceptación del combate espiritual. Nuestro Padre Fundador nos impulsa a ejercitar en nosotros las virtudes y a luchar contra las malas tendencias. Los maestros de espíritu enseñan cómo es necesario aprender el arte del autodomínio y la autointegración para vivir satisfactoriamente el don recibido.

La escucha de la Palabra, la oración, la contemplación, el estudio, la inserción en la realidad, iluminan nuestra vida y le dan nuevas energías para progresar en el camino del Señor. El Espíritu nos concede sus mociones que hacen posible lo que a nuestras fuerzas parece imposible.

La docilidad creciente al Espíritu nos hace ahondar en nuestra experiencia de unión con Jesucristo y nos hace disfrutar de ella. La conformación con Jesucristo es presentada por nuestras Constituciones como la meta de nuestro camino espiritual.

c) El “misterio” de la acción apostólica

Ser misionero es participar en la “missio Dei”. Por eso, nuestra acción apostólica es santa. Dios es el primer sujeto de nuestra acción. Así lo expresaba nuestro Fundador, tras su predicación en Andalucía: “el Señor en mí siempre se hacía el gasto”⁷. Nuestra

⁷ “Bendito sea el Señor que se dignó valer[se] de esta miserable criatura para hacer cosas grandes; a Dios N. S. sea la gloria, y a mí, la confusión como lo merezco. Todo es de Dios; él me ha dado salud, fuerzas, palabras y todo lo demás. Siempre he conocido que el Señor en mí siempre se hacía el gasto; pero en este viaje no sólo lo ha conocido yo, sino que también los demás. Ellos veían que apenas comía ni bebía; sólo probaba alguna patata y (un) vaso de agua en todo

acción apostólica es, así mismo, la acción de un cuerpo y no sólo de un miembro. Formamos un “nosotros congregacional” –y más aún, un “nosotros eclesial”- que es el auténtico sujeto de toda empresa misionera: “hay en la iglesia unidad de misión, pero pluralidad de ministerio” (AA, 2).

Desde esta conciencia, superamos cualquier visión individualista de nuestro ministerio y nos sentimos conectados con la historia de la Salvación en nuestro tiempo. Cuando nuestro servicio misionero nace del celo y de la caridad, deja aflorar nuestras mejores posibilidades, construye nuestra personalidad y diseña nuestra biografía.

La acción apostólica no es pura exterioridad. Es la sacramentalización de la misión del Espíritu y del Señor Resucitado⁸, de la misión de la Iglesia y de la Congregación dentro de ella. Desde aquí se comprende por qué existe un admirable desnivel entre nuestro compromiso misionero y sus resultados. El resultado es siempre mayor que el esfuerzo. Durante la misión estamos en Dios y en la Iglesia, somos instrumentos suyos y, por eso, su acción está presente en nuestra propia acción.

Esto nos pide que integremos interioridad y actividad. En la misión no dejamos de estar con Cristo. Es más, entonces estamos unidos con él de una manera especialísima. La preparación de cada uno de nuestros ministerios, sobre todo del anuncio de la Palabra y de la celebración de los Sacramentos, es un momento constituyente de nuestra espiritualidad.

d) Evangelizados al evangelizar

La acción evangelizadora es, por lo tanto, para nosotros la fuente principal de nuestra espiritualidad. No sólo porque a través de ella evangelizamos a los demás, sino porque también a través de ella somos evangelizados. Esto acontece bajo ciertas condiciones:

Cuando estamos dispuestos a *escuchar* y a *acoger* y no sólo a hablar y actuar. Las “semillas del Verbo” (*semina Verbi*) han sido sembradas en todo ser humano, en toda comunidad humana; tales semillas son “palabra de Dios” para nosotros; palabra con la que hay que dia-logar y a la que hay que escuchar. La atención a la Palabra de Dios es para el misionero el presupuesto que permite ser, después, un buen ministro de la Palabra.

Cuando *valoramos* lo diferente. Descubrir los valores que hay en los diferentes grupos humanos y en las personas, dejarse impresionar y enriquecer por ellos es fuente de espiritualidad. Sus consecuencias son imprevisibles, como imprevisible es el Espíritu.

Cuando nos *convertimos al otro*: la escucha y acogida del otro favorecen un proceso de cambio personal que se expresa en la encarnación o inserción. El misionero comparte la

el día; jamás comí carne, pescado ni huevos; ni bebí vino. Siempre estaba contento y alegre, y jamás me vieron cansado, no obstante de haber habido día que había predicado doce sermones” (Continuación de la Autobiografía).

⁸ “No se trata, para el religioso y la religiosa, de una acción cualquiera. El Concilio habla de “acción apostólica y caritativa” originada y animada por el Espíritu Santo. Tan sólo una acción de este género cabe dentro de la naturaleza misma de la vida religiosa, en cuanto constituye un ministerio sagrado y una obra particular de caridad que han sido confiados a los religiosos por la Iglesia y han de ser ejercitados en su nombre” (Dimensión contemplativa, 4). “Es urgente fomentar la conciencia personal y comunitaria del manantial primario de la acción apostólica y caritativa, como participación vivida de aquella misión de Cristo y de la Iglesia, que tiene su origen en el Padre y exige de todos aquellos que son enviados que ejerciten la conciencia de la caridad en el diálogo de la oración” (Dimensión contemplativa, 4).

vida de los destinatarios de su misión evangelizadora. Con-vive con ellos y en ellos encuentra una de las fuentes de su vitalidad.

e) Capacidad de lucha, imaginación creadora y martirio

En el camino biográfico de cada misionero surgen múltiples obstáculos, dificultades y pruebas. También emergen momentos imprevisibles, cruciales y decisivos. Factores externos, como un destino, un fracaso, un acontecimiento histórico, o internos como una enfermedad o una depresión, o una pérdida, o una amistad, o una crisis de fe o de identidad pueden tensionar enormemente su vida. El misionero podrá descubrir el sentido de su vocación si dispone de un acompañante espiritual, de hermanos cercanos que lo acogen, de amigos que lo aconsejan y confortan.

Por otra parte, son muchos los que se oponen a la instauración del Reino. Al misionero, sin embargo, “nada le arredra; se goza en las privaciones; abraza los sacrificios...”. Activa en sí mismo las virtudes de la perseverancia y constancia, de la fortaleza y la prudencia.

Ante las dificultades, el misionero demuestra su imaginación profética y su capacidad creadora. La falta de Espíritu lleva a la rutina, a la monotonía, a la mera repetición. La presencia del Espíritu es fuego que todo lo anima y lo recrea. Nunca un misionero se acostumbra. Siempre descubre la novedad del Reino de Dios en todo lo que hace.

En el horizonte de la vida de un auténtico misionero está siempre la posibilidad del martirio, el “caso serio” de la entrega, de la caridad, de la confesión de la fe y de la proclamación de la esperanza. El martirio es un don. Y así ha sido siempre reconocido. Es un don para el mártir y también para la comunidad y la Congregación. Es un don paradójico, pero real. Podemos rehuirlo de antemano, si eludimos el peligro, si buscamos seguridades, si evitamos cualquier tipo de riesgo. El martirio como horizonte da un color especial a la vida misionera.

Dentro de las formas de martirio están aquellos compromisos con la evangelización, con los demás, con el pueblo de Dios, que comportan marginación, aislamiento, condena. Es cuando el misionero puede decir: “estuve en la cárcel”, “fui expulsado”... La formación inicial y continua se convierte así en una “escuela para el martirio”.

2. EN EL CAMINO ESPIRITUAL Y SACRAMENTAL DE LA IGLESIA

La afirmación de que nuestra vocación –de consagrados y misioneros- se fundamenta en el bautismo y la confirmación, hacemos referencia a lo que es “nuclear”, “fundante” en nosotros. No tenemos una vocación que nos hace superiores a los demás; sino una vocación particular que nos capacita para ser cristianos de verdad. Por eso, el elemento fundante de nuestra espiritualidad es aquel que compartimos con todos nuestros hermanos y hermanas, *christifideles*.

a) El ciclo del Año litúrgico, “nuestro” camino de espiritualidad

La madre Iglesia nos ofrece a todos los cristianos, y, por lo tanto también a nosotros, los misioneros, un excelente camino de espiritualidad: el ciclo del año litúrgico. Es un ciclo anual de espera y preparación (Adviento), génesis y nacimiento (Navidad), iniciación y

purificación (Cuaresma), muerte y resurrección (Pascua) y vida ordinaria (tiempo ordinario). A través de él podemos revivir cíclicamente –de forma personal y comunitaria- todos los misterios de la existencia cristiana e integrar en nuestra vida, de forma pedagógica y progresiva, el alimento de la Palabra de Dios y el magisterio espiritual de la Iglesia.

El ciclo del Año Litúrgico es vivido por nosotros día a día, en diversos momentos, que llenan de sentido espiritual nuestra jornada: la celebración de la Eucaristía, el oficio de lecturas, la celebración de Laudes y Vísperas, el rezo de la hora intermedia y de Completas.

Nuestra integración en el misterio de la Liturgia eclesial es para nosotros el mejor camino de espiritualidad. Lo recorremos junto a todo el Pueblo de Dios; unos como ministros ordenados (presbíteros y diáconos), otros como hermanos misioneros.

Dentro de este contexto cíclico del año litúrgico y adaptado a él, el proyecto Palabra-Misión adquiere toda su razón de ser, no sólo para nosotros individual y comunitariamente, sino también para los laicos con quienes compartimos nuestra espiritualidad carismática y misionera.

b) En el corazón de la Iglesia eucarística: centro y eje de nuestro camino

Para nosotros, misioneros claretianos, la celebración de la Eucaristía y el culto de la presencia del Señor es el eje de nuestra espiritualidad y la fuerza de nuestro camino. Así lo hemos heredado de nuestro Padre Fundador. Toda su vida espiritual giró en torno a este misterio y desde él se hizo proyecto hasta culminar en la identificación misteriosa con el Señor (la gracia de las especies sacramentales).

La experiencia eucarística y fundante de Claret encuentra hoy una admirable continuidad y profundización en la llamada “eclesiología eucarística”, superando el mero devocionismo eucarístico. Se trata de ser conscientes y de vivir el misterio de la Iglesia desde su fuente y su culmen, desde su raíz y su expresión más alta, que es la Presencia eucarística del Señor.

Por eso, para nosotros la Eucaristía no es una devoción, sino el centro generador de nuestra vida misionera y comunitaria, allí donde se hace y rehace el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia, allí donde la Revelación de la Palabra acontece con más intensidad y eficacia.

Como Claret, también nosotros vivimos el misterio eucarístico en el tiempo. En nuestra vida adquiere diversas tonalidades, diversos significados. No somos capaces de vivir de una vez el misterio, y por eso, de él hacemos el “pan nuestro de cada día”. Aunque es uno solo el misterio que se celebra, para nosotros es diferente cada experiencia eucarística. Deseamos llegar a la identificación y configuración con Jesús hasta que podamos decir “no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí”.

c) Orar en y desde la Presencia eucarística (lex orandi)

Con nuestro Padre Fundador entendemos que el núcleo de toda oración cristiana está en la Eucaristía. La celebración eucarística nos muestra que oramos “por Cristo, con Él y en Él”. La Iglesia no es autora de su oración, sino la que acoge la oración de Jesús y del

Espíritu, que le es ofrecida. El Jesús que llamó a doce hombres «para que estuvieran con él» (Mc 3,14), quiere estar «para siempre» con nosotros en una perfecta comunión de vida y de oración. El Jesús que nos da su Cuerpo y Sangre, como Iglesia-Esposa, nos da también su oración, su intercesión, su alabanza y adoración.

La eucaristía, es la oración que la Iglesia proclama «por nuestro Señor Jesucristo». La Iglesia eucarística nunca ora sola. La Iglesia y su Señor están unidos en una misma carne (Ef 5,31), en una misma palabra, en una misma pasión; son un solo cuerpo, en una misma y única oración. En cuanto Esposa, la Iglesia participa en la oración del Esposo. Haciendo la eucaristía la Iglesia se realiza a sí misma. «La iglesia hace la eucaristía... la eucaristía hace la iglesia».

Unidos a Cristo intercedemos por los hombres y mujeres de la tierra. Suplicamos al Padre que envíe su Espíritu para hacer los signos mesiánicos del Reino. En la oración nos hacemos solidarios de todas las situaciones conflictivas de la tierra. Dejamos que penetren en nosotros los gemidos y gritos de sufrimiento de la humanidad y de la naturaleza, para se conviertan en plegaria, en intercesión. Sólo se ora en el Espíritu, como Jesús, cuando los gritos del pueblo, que suben al trono de Dios, se confunden con nuestra voz suplicante. La oración se hace solidaridad, comunión espiritual con todos... «Orad por vuestros enemigos», nos decía Jesús. La eucaristía deviene, entonces, el sacramento por excelencia para re-unión de los dispersos, «sacramentum mundi».

d) La oración como memoria, especialmente de María siempre virgen

La comunión de la Iglesia con los seres humanos no queda restringida a quienes todavía viven. La iglesia se siente solidaria también «hacia atrás». Se hace memoria de los que nos precedieron, los evoca, los convoca en su fe y crea una comunidad universal. Ciertas personas santas, como José, esposo de María, Antonio María Claret, Ignacio de Loyola, Alfonso de Liguori, Domingo de Guzmán, Teresa de Jesús, Catalina de Siena, nuestros mártires de Barbastro, etc. , pero sobre todo, la bienaventurada Virgen María, están muy presentes en nuestra memoria colectiva y orante. Nuestra espiritualidad se alimenta y configura a partir de sus ejemplos e intercesión.

María, madre de Jesús, madre de nuestra Congregación, es para nosotros una memoria y presencia permanente. Nos reconocemos “hijos de su Corazón”; la evocamos como formadora, directora y, ante todo, como madre espiritual. Nuestra espiritualidad tiene una impronta cordimariana insustituible.

La memoria de quienes pasaron por la tierra bajo el signo de la fe o en la esperanza universal del Reino, se convierte en plegaria subversiva, peligrosa para el statu quo. La historia de los vencidos, de los que no tuvieron éxito, de los que cruzaron anónimamente por la historia, de quienes sufrieron las consecuencias de la injusticia, queda re-actualizada e interiorizada como energía transformadora.

Además de las memorias de los santos canonizados, hacemos memoria de nuestros difuntos viviendo en comunión con ellos, nuestras raíces, nuestros padres y madres en la fe, aprendiendo de ellos y estimulándonos a no repetir sus mismos errores. Y todo esto, en la presencia de Dios que los ha recibido amorosamente e iluminado con su Luz: «Admítelos a contemplar la luz de tu rostro» (II Plegaria eucarística).

e) Gracia sanadora: Reconciliación y Unción de los enfermos

La madre Iglesia ofrece al creyente, enfermo espiritual o corporalmente, procesos de sanación que culminan en los sacramentos de la reconciliación y la unción de los enfermos. También nosotros, misioneros, enfermamos bajo el influjo de nuestro pecado o de las vicisitudes por las que pasa nuestra corporeidad. Recurrimos a procesos penitenciales o de sanación y los celebramos adecuadamente en los sacramentos de la gracia sanadora.

En casos especialmente graves reconocemos la necesidad de vivir períodos de re-iniciación cristiana y misionera. Sólo en ese contexto la celebración sacramental, que la Iglesia nos ofrece, adquiere toda su fuerza y sentido reconstituyente. En esos momentos, el acompañamiento espiritual y la cercanía de la comunidad son de gran importancia.

3. EN COMUNIDAD DE VIDA

La vida de nuestras comunidades gira en torno a la convivencia y a la oración; pero la misión es central para toda comunidad. Los hermanos son fuente de santificación porque son lugares de la acción divina.

a) Insertos en nuestra tradición espiritual

La espiritualidad se transmite entre nosotros por medio de la convivencia y la comunión.

Entrar en la comunidad de la Congregación es integrarse en una gran tradición espiritual y comprometerse en fidelidad creativa con ella. Los ancianos de la Congregación y aquellos Organismos más envejecidos adquieren en este contexto un nuevo relieve. Ellos son los testigos, los ministros de la tradición espiritual. Su presencia e influjo es especialmente importante en aquellos lugares en que viven nuestros jóvenes misioneros para que la herencia se haga profecía. Cabe a los misioneros más ancianos una función de paternidad en el espíritu.

Entrar en la comunidad de la Congregación significa, abrirse recíprocamente a un futuro, en el que nuevas generaciones tendrán una función decisiva en la regeneración espiritual y su transmisión.

b) En una comunidad, como familia en el Espíritu

Vivimos nuestra espiritualidad misionera en una comunidad, familia en el Espíritu. Esto requiere comunicación de fe, realizar un camino conjunto, ayuda mutua, corrección, fraternidad, compartir los recursos y las experiencias como auténticos hermanos en el Señor.

La comunión en el espíritu es necesaria. Las asambleas comunitarias deben convertirse en ámbito de comunicación y diálogo –especialmente en la elaboración del proyecto comunitario- y menos de debate o mera programación de actividades.

Uno de los efectos más negativos de la secularización y fragmentación de la sociedad es la pérdida de identidad social por parte del religioso en nuestra sociedad. Y ésta es una necesidad básica. Todo el mundo necesita sentirse encajado, aceptado socialmente. Por esto, padecemos una falta de pertenencia e identidad. Es evidente que nuestro lugar

social por excelencia para encontrar esa defensa de nuestra identidad es la comunidad en que vivimos. La comunidad nos ofrece apoyo a esa razón profunda, vocacional, de nuestra existencia como consagrados. Nuestra pertenencia a una comunidad nos hace comprender que somos importantes, no sólo por aquello que hacemos, sino, sobre todo, por lo que somos. Nuestro amor fraterno es el mejor signo para nuestra sociedad: "la comunión fraterna, antes de ser instrumento para una determinada misión, es espacio teologal en el que se puede experimentar la presencia mística del Señor resucitado (Mt 18,20)" (VC 42). Ahora bien, esto no es posible si nuestra comunión no alcanza a nuestra vida espiritual, porque, nuestra vida fraterna es "participación en la comunión trinitaria" (VC 41), y este modelo exige no reservarse nada.

La comunidad misionera está necesitada –entre nosotros- de una renovación profunda. La “casa misión” de los nuevos tiempos debe ser regenerada en las diferentes circunscripciones de la Congregación. Nuestra comunidad local está llamada a ser escuela de espiritualidad misionera. Nuestra comunidad claretiana es misionera y no monástica. Vivir entre el pueblo la fraternidad religiosa y misionera y salir a la misión desde esa experiencia es un camino que da un nuevo aire a nuestra espiritualidad. La fraternidad inserta vive de un modo peculiar la Eucaristía y la colaboración estrecha con la Iglesia local y con la cultura de cada pueblo.

Surgen entre nosotros comunidades claretianas multiculturales; la comunión intercultural nos presenta nuevos desafíos.

En este mismo contexto se resalta la importancia que han tenido y deben tener los Encuentros y Talleres realizados por los Misioneros Claretianos como focos de animación espiritual y encuentro regenerador.

c) El discernimiento comunitario en el Espíritu

Una comunidad misionera es, de forma relevante, una comunidad experta en el discernimiento espiritual. Quizá sea uno de los aspectos en que más podemos crecer en el futuro. Discernir el buen espíritu es algo que supera la mera agudeza intelectual. Ahí nadie puede sentirse superior a nadie. En el discernimiento una comunidad se coloca humildemente ante Dios con el deseo de descubrir su voluntad. Por eso, el discernimiento exige: oración, escucha de Dios y de los hermanos, conciencia de que Dios suele revelar sus misterios a los más sencillos, pobres y jóvenes.

Presupuesto humano para todo auténtico discernimiento es: saber dialogar, negociar soluciones, acoger o tratar conflictos personales.

d) Comunidad apasionada por el Reino de Dios en la Iglesia

Todo en nuestra vida quiere centrarse en el Reino de Dios que llega. Así vivimos como los apóstoles y al estilo de los apóstoles.

La acentuación de la dimensión profética de nuestro carisma afecta a nuestra espiritualidad personal y comunitaria. Pertenece al pueblo elegido por Dios como destinatario de su Reino, donde acontecen los milagros, donde tienen sentido las parábolas, donde la palabra profética ilumina el camino de la historia.

Nunca hemos de olvidar que formamos comunidades que pertenecen también a la gran comunidad que es la Iglesia y sus iglesias particulares con sus Pastores. Nuestro Padre Fundador nos quería muy insertos en el dinamismo espiritual de la Iglesia. Por eso, nos dejamos llevar por sus grandes impulsos espirituales, por su magisterio, por la acción imprevisible del Espíritu en ella y, sobre todo por su Liturgia.

Nuestro amor a la Iglesia se puede manifestar a veces en una sana crítica y defensa humilde de los valores evangélicos.

4. EL CAMINO PERSONAL DE ESPIRITUALIDAD MISIONERA

Cada misionero responde a su vocación cuando articula su propio camino de espiritualidad en un proyecto personal de vida y se compromete seria y fielmente con él. Aunque no nos justifican nuestras obras -¡sólo la acción del Espíritu en nosotros!- sin embargo, propio de nosotros es tomar conciencia del don, con el cual hemos sido agraciados, dejarlo actuar y cuidarlo. Propio nuestro es creer en las posibilidades que el Espíritu nos concede y dejarnos llevar por Él en nuestra vida personal. La espiritualidad tiene que ver, sobre todo, con la fe en Jesús, el Hijo de Dios, con la confianza en Él y en su Espíritu, con el amor de amistad y agradecimiento.

Presentamos ahora algunos medios que nos permiten avanzar en el camino de la espiritualidad y superar nuestras malas tendencias y bloqueos.

a) Ejercitación del cuerpo

También forma parte del proceso espiritual la atención al cuerpo. La unidad psicósomática -cada vez más puesta de relieve- nos indica que no puede haber espiritualidad sin referencia al cuerpo, ni auténtica corporeidad sin referencia al espíritu. Cuando nuestra realidad corporal no está equilibrada también tiende a desequilibrarse nuestro espíritu.

Las tradiciones espirituales más integradoras prestan una gran atención al cuerpo y a su ascesis. Así lo ponen de relieve algunos de nuestros hermanos que están en contacto con la espiritualidad hindú o budista. Cuando esto se reconoce, se re-descubre el sentido de la práctica del ayuno y de la abstinencia, del ejercicio físico regular, la alimentación sana y austera, el deporte. Sobre todo, en la espiritualidad oriental -cada vez más valorada y acogida entre nosotros- éste es un punto clave. Cada vez estamos más convencidos de la interrelación entre equilibrio psicósomático y vida espiritual. Los desequilibrios o dependencias de diverso tipo que nos pueden aquejar (alcohol, bulimia, tabaco, sexualidad etc.) encuentran aquí su mejor antídoto.

Nuestro cuerpo es el templo del Espíritu, y miembro del cuerpo de Cristo; su misión es glorificar a Dios. En el cuerpo queda grabada nuestra historia, nuestras memorias más profundas. El cuerpo es el lugar de nuestra aventura existencial. Tiene vocación eucarística. Hasta convertirse en un cuerpo entregado. La virtud de la castidad va haciendo que progresivamente todo quede integrado en la dimensión corporal.

Nuestro cuerpo está en estrechísima conexión con la naturaleza. Es aquella parte de la naturaleza que más hemos domesticado. Nuestra espiritualidad adquiere así tonos profundamente ecológicos, que no debemos desatender. Muchos de nuestros hermanos

están viviendo la espiritualidad de la naturaleza, de la pasión ecológica (defensa de la tierra, de las especies, del eco-equilibrio). Es un excelente síntoma.

Esta sensibilidad nos hace percibir mejor las posibilidades de todos los cuerpos humanos, pero también sus desgracias y degradaciones. No pocos de nuestros misioneros descubren –como parte de su espiritualidad- el acercamiento a los cuerpos humanos, para curarlos del mal –como hacía Jesús-, para dignificarlos y convertirlos en ámbitos de dignidad y de experiencia religiosa y cristiana.

b) Oración personal

La oración tiene un sentido dinámico en nuestra espiritualidad. Claret se encendía en celo misionero durante la oración: “in meditatione mea, exardescit ignis”, era uno de sus textos preferidos. El capítulo de las Constituciones dedicado a la oración dice que, ante todo, es “oración misionera”; ha de estar abierta a la realidad de la creación y de la historia; es reconocimiento, adoración, intercesión y alabanza constante de la presencia de Dios en nuestro mundo y en la historia, eco de una vida solidaria con los hermanos, sobre todo con los pobres y los que sufren. Nuestra relación más íntima con Dios Abbá está marcada –como en Jesús- por la conciencia de la misión que compartimos y por la intercesión profética (Cf CC 33.34.37).

Comprendemos perfectamente la importancia de la oración personal en nuestras vidas; pero hay una queja generalizada de que no sabemos oponer resistencia al ritmo frenético que llevamos y no mostramos voluntad de encontrar regularmente el sosiego necesario y el tiempo apropiado para orar. Si el deseo es fuerte, hay que hacer lo posible para que se traduzca en realidad. La oración personal tiene que llegar a ser un compromiso diario en nuestra vida. Es la mejor forma de celebrar nuestra alianza con el Señor, Esposo de la Iglesia, para que nuestra misión sea fructífera. Este encuentro personal con el Señor da sentido a todo lo que acontece y a todo lo que hacemos. Favorecer la oración de nuestros hermanos –individual y comunitariamente- es atender a su salud espiritual. El Directorio CMF nos ofrece unas pautas prácticas que no debemos olvidar (Dir 84-93).

Conviene dar un especial énfasis a la pastoral de la oración entre nosotros, teniendo en cuenta las diferencias culturales. En la Congregación se manifiestan actualmente diferentes sensibilidades al respecto: una es la sensibilidad asiática, otra la africana, otra la europea, otra la americana. En todo caso, han de ser bien acogidos entre nosotros quienes tienen el don del magisterio en la oración y en la vida del Espíritu –¡maestros de oración!-.

c) Contemplación y arte

La capacidad contemplativa –tan necesaria para vivir en el espíritu- no se reduce al estudio. Se expresa de otras formas. Nuestro Abbá y Creador nos ha dotado de sentidos, sensibilidad, capacidad de simbolismo y de trascendencia. El desarrollo de estas capacidades potencia insospechadamente nuestra espiritualidad. No olvidamos que en el “Veni Creator” se suplica al Espíritu que encienda la luz de los sentidos (“accende lumen sensibus”). Potenciados por la presencia del Espíritu, nuestros sentidos perciben mejor la realidad, disfrutan de ella; son el mejor preámbulo para la experiencia espiritual. Cuando se desarrolla en nosotros la capacidad de ver, oír, oler, tocar, gustar,

nuestro espíritu encuentra las mejores disposiciones para activarse y encontrar el sentido de la realidad. La ascética de los sentidos no tiene otra finalidad que ésta: “oír”, “ver”, “tocar”, “oler”, “gustar” de una forma más iluminada⁹. La contemplación del arte nos prepara para entrar en los límites y desde ellos llegar a la trascendencia de todo lo que existe.

Con-templación nos evoca la palabra “templo”. Con-templa quien es capaz de descubrir en todo su dimensión simbólica, trascendente y convierte la realidad en lugar de epifanía de la Gloria de Dios, en un auténtico “templo”. La contemplación del arte y de la creación, arte de Dios, potencia nuestra mirada simbólica y sacramental.

Un elemento importantísimo dentro de la espiritualidad -que depende en gran manera de la contemplación- es la capacidad creadora o creativa. Dios nos ha creado creadores. La capacidad de creación es expresión de espiritualidad. Sólo el Espíritu es creador. Quienes se dejan llevar por el espíritu perciben en sí mismos una fuerte capacidad de creación en todos los ámbitos del ser humano.

Estamos convencidos de que todos los fenómenos de creatividad que se han producido entre nosotros han sido auténticos fenómenos en el Espíritu, independientemente del campo en el que hayan tenido lugar. Es así como el Espíritu se manifiesta en el ser humano: como Spiritus Creator.

d) Lectura espiritual y Estudio

Nuestro carisma de oyentes y servidores de la Palabra nos pide que cultivemos de una manera especial la dimensión contemplativa. A ella pertenece –como ya decía santo Tomás de Aquino- el estudio. La dimensión contemplativa se desarrolla en nosotros a través del estudio regular, de la lectura, la reflexión intelectual y emocional.

Hoy disponemos de enorme información. Pero ¿de qué sirve si no se traduce en formación? Toda información es alimento potencial para nuestro espíritu y nuestra misión; se pasa de la potencialidad a la realidad a través del “esfuerzo del concepto”, a través de la disciplina del estudio y la meditación. La información que nos forma nos permite tener una mente más abierta, más católica. Nos prepara para vivir con más intensidad y mayor realismo. La inquietud intelectual nos abre al mundo del espíritu y despliega en nosotros esa innata capacidad filosófica y teológica con que hemos sido agraciados.

Una comunidad de misioneros excesivamente pragmáticos, meros trabajadores, que no cultivan su espíritu, su capacidad intelectual, no puede ejercer un ministerio de ayuda a sus hermanos y hermanas.

Además de la información periodística, hay otro nivel de información que ha demostrado su consistencia histórica: es la lectura de las grandes obras del pensamiento, de la literatura, del arte. La falta de hondura espiritual que, a veces se detecta entre nosotros, tiene aquí una de sus causas principales.

⁹ La arquitectura y la música son artes ambientales que nos sitúan en los límites del mundo. La arquitectura da forma al espacio y la música al tiempo. Crean el ambiente que nos envuelve; dan forma y sentido al límite del mundo. La pintura, la escultura, la danza, el teatro, el cine dan forma y representación a todo lo que habita en el mundo.

e) Acompañamiento espiritual y proyecto personal

Muchos misioneros reconocen la importancia que tiene para nuestro camino de espiritualidad el acompañamiento espiritual, no sólo en la juventud sino en todas las edades. Necesitamos comunicarnos al más profundo nivel con algún hermano o hermana experimentado en el camino del Señor. Nos sirve de referencia, de contraste, de estímulo. A nuestros superiores les compete un servicio de animación espiritual con relación a la comunidad y desde ella, a cada uno de los hermanos de comunidad¹⁰. Hay un desplazamiento en la sensibilidad actual hacia el acompañamiento compartido en grupo de revisión de vida, que es interesante, aunque se realice entre miembros de diferentes comunidades e incluso con otros miembros de la Familia Claretiana.

El proyecto personal es expresión de responsabilidad vocacional. Se expresa así el compromiso en la Alianza con Dios de cada uno de nosotros. La elaboración del proyecto personal sólo tiene sentido cuando se hace como respuesta a la Gracia de Dios y a la presencia de Dios en nuestra vida.

La corrección fraterna ha sido siempre importante en la espiritualidad eclesial y religiosa. Jesús nos pidió, no que critiquemos a nuestros hermanos, sino que, desde el primado del amor y el respeto, colaboremos al crecimiento personal y comunitario (Mt 18).

f) Fidelidad a nuestra Alianza y sus compromisos

Los compromisos de nuestros consejos evangélicos, con los cuales hemos sido agraciados (castidad, pobreza y obediencia) son los elementos fundamentales de nuestra espiritualidad.

Nos proponemos una mayor radicalidad en el modo de vivir la vida misionera, significada por la castidad, pobreza y obediencia en un mundo neoliberal destructor del Reino. La castidad está llamada a desplegar la capacidad oblativa y redentora del amor. La pobreza misionera ha de resplandecer como parábola en acción y presencia viva de Jesús, que se hizo pobre entre los seres humanos. La opción por los pobres debe ser hoy, más que nunca, encarnación realista de solidaridad y profetismo. En un mundo donde el rostro de Cristo se ha multiplicado en la presencia creciente de los pobres, es imposible la vida misionera sin una relación personal y un compromiso serio con estos hermanos de Cristo, hijos preferidos de Dios. La obediencia nos dispone para buscar los caminos de Dios y comprometernos en una acción concertada.

¹⁰ Así lo expresa la exhortación “Mutuae Relationes” cuando dice: “Su autoridad proviene del Espíritu del Señor en conexión con la sagrada Jerarquía... Los superiores religiosos tienen la misión y autoridad de *maestro de espíritu* con relación al contenido evangélico del propio Instituto; dentro de ese ámbito, pues, deben ejercitar una verdadera *dirección espiritual* de toda la Congregación y de las comunidades de la misma; lo cual procurarán llevar a la práctica en armonía sincera con el magisterio auténtico de la Jerarquía, consciente de realizar un mandato de grave responsabilidad dentro del ámbito del área evangélica señalada por el Fundador” (MR 13, a).

INTRODUCCION

I. EL LUGAR HISTÓRICO DE NUESTRA ESPIRITUALIDAD

1. ESPIRITUALIDAD EN UN CAMBIO DE ÉPOCA
 - a) *Las nuevas tecnologías*
 - b) *La globalización*
 - c) *La interculturalidad*
2. UN NUEVO CONTEXTO PARA LA EXPERIENCIA DE DIOS
 - a) *La religiosidad en el contexto de la posmodernidad*
 - b) *Protagonismo del laico y de la mujer*

II. RASGOS QUE IDENTIFICAN NUESTRA ESPIRITUALIDAD MISIONERA

1. ¿CÓMO HEMOS ENTENDIDO NUESTRA ESPIRITUALIDAD EN LOS ÚLTIMOS AÑOS?
 - a) *Claves existenciales de Antonio M^a Claret*
 - b) *Espiritualidad del Padre Fundador y de la Congregación*
 - c) *En fidelidad creativa*
2. LA ESPIRITUALIDAD CRISTIANA EN NUESTRO TIEMPO
3. COORDENADAS PARA NUESTRA ESPIRITUALIDAD “HOY”
 - a) *En la itinerancia del Pueblo de Dios*
 - b) *Desde la caridad, siempre*
 - c) *Espiritualidad en contextos de postmodernidad*
 - d) *Perspectiva apocalíptica*
 - e) *Espiritualidad “abierta”*

III. UN CAMINO DE ESPIRITUALIDAD MISIONERA PARA HOY

1. UN CAMINO MISIONERO: BIOGRAFÍA AL SERVICIO DEL REINO
 - a) *Camino biográfico del misionero*
 - b) *El esquema triádico*
 - c) *El “misterio” de la acción apostólica*
 - d) *Evangelizados al evangelizar*
 - e) *Capacidad de lucha, imaginación creadora y martirio*
2. EN EL CAMINO ESPIRITUAL Y SACRAMENTAL DE LA IGLESIA
 - a) *El ciclo del Año litúrgico, “nuestro” camino de espiritualidad*
 - b) *En el corazón de la Iglesia eucarística: centro y eje de nuestro camino*
 - c) *Orar en y desde la Presencia eucarística (lex orandi)*
 - d) *La oración como memoria, especialmente de María siempre virgen*
 - e) *Gracia sanadora: Reconciliación y Unción de los enfermos*
3. EN COMUNIDAD DE VIDA
 - a) *Insertos en nuestra tradición espiritual*
 - b) *En una comunidad, como familia en el Espíritu*
 - c) *El discernimiento comunitario en el Espíritu*
 - d) *Comunidad apasionada por el Reino de Dios en la Iglesia*
4. EL CAMINO PERSONAL DE ESPIRITUALIDAD MISIONERA
 - a) *Ejercitación del cuerpo*
 - b) *Oración personal*

- c) Contemplación y arte*
- d) Lectura espiritual y Estudio*
- e) Acompañamiento espiritual y proyecto personal*
- f) Fidelidad a nuestra Alianza y sus compromisos*